

el ojo interior

SEMILLAS PARA LA CONSCIENCIA CIUDADANA



Distribución Gratuita

*Por una reserva marina
en el norte del Perú*



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

Dirección: **Patricia Meléndez**
 Promoción Cultural: **Alberto Benavides Ganoza**
 Coordinación General: **Franco Castañeda**
 Edición: **David Novoa**
 Distribución: **Aimé Rodríguez**

contacto@elojinterior.org

☎ 9980 786 20

COLABORADORES - 28va Edición - Abril 2018

Kingsley L. Dennis

Sociólogo y escritor inglés radicado en España. Fue profesor universitario de literatura inglesa y americana en Estambul, y de sociología en el Reino Unido.

www.kingsleydennis.com

Alberto Benavides Ganoza

Escritor, promotor cultural y agricultor. Fundó la Escuela Libre Puerto Huamani en Samaca, Ica. Dirige actualmente la Biblioteca Abraham Valdelomar de Huacachina y el sello editorial del mismo nombre.

escuelalibrepuertoahuamani.com

Jorge Chávez Peralta

Pedagogo y librepensador, escritor especializado en temas de espiritualidad, conocimiento esotérico y educación.

jfchavezperalta@hotmail.com

Pedro Favaron

Escritor, poeta. Médico tradicional, fundador de la clínica de medicina tradicional Nishi Nete en la comunidad nativa de Santa Clara de Yarinacocha, del pueblo Shipibo - konibo

Nishi Nete Medicina Tradicional

Pedro Diez Canseco

Comunicador social, lector y articulista melómano.

pedro10canseco@yahoo.com

José Carlos Orrillo -Portada: Guardianes

Periodista, fotógrafo y artista visual, dedicado a la docencia universitaria y fotografía documental.

www.fotonesta.com

Alain Dlugosz

Investigador, coordinador general del proyecto Arariwakuna, Semillas y Cultura.

arariwakuna@gmail.com

www.arariwakuna.jimdo.com

Francisco Cantuarias - Portada (Pacificum)

Fotógrafo.

Tiraje 10 000 ejemplares

El cuidado del alma

El cuidado del alma es algo que cada quien realiza para sí. Sobrevivimos gracias a nuestros entusiasmos, nuestros amores, nuestra obsesión de realidad, de silencio y soledad. Siempre somos autodidactas. El alma, dice Platón, levanta la vista como un pájaro. El amor por la sabiduría es un camino, pero no para todos. Lo que interesa es que quienes verdaderamente filosofan tengan un lugar desde el cual hablar. Ese espacio está tomado hoy por los publicistas y políticos. Pero tengo la esperanza que algo casi secreto está ocurriendo entre los jóvenes.

Pienso que hoy tenemos los instrumentos para asegurar abundancia y justicia, la paz creativa donde cada quien se desarrollará armónicamente

ALBERTO BENAVIDES GANOZA



Cómo seguir el camino

Todos tenemos el karma para encontrar un camino espiritual u otro, y yo te aconsejaría, desde el fondo de mi corazón, que sigieras con completa sinceridad el camino que más te inspire.

Lee los grandes libros espirituales de todas las tradiciones, hazte una idea de lo que pueden querer decir los maestros cuando hablan de liberación o iluminación y descubre qué enfoque de la realidad absoluta te atrae y te conviene más. Aplica a tu búsqueda todo el discernimiento de que seas capaz; el camino espiritual exige más inteligencia, más sobria comprensión y más sutiles poderes de discernimiento que ninguna otra disciplina, puesto que lo que aquí está en juego es la verdad más elevada. Utiliza tu sentido común en todo momento. Acude al camino jovialmente consciente del equipaje que llevas: tus deficiencias, tus fantasías, fracasos y proyecciones. Con aguda consciencia de cuál podría ser tu verdadera naturaleza, combina una humildad sensata y realista y una clara apreciación de dónde te encuentras en el camino espiritual y qué te queda aún por entender y lograr.

Lo más importante es no dejarse atrapar por lo que en Occidente veo por todas partes, la “mentalidad de ir de compras”: ir de compras de maestro en maestro, de enseñanza en enseñanza, sin la menor continuidad ni una auténtica dedicación sostenida a ninguna disciplina. Casi todos los grandes maestros de todas las tradiciones están de acuerdo en que lo esencial es dominar un camino, una senda hacia la verdad, siguiendo una tradición con toda la mente y todo el corazón hasta el final del viaje espiritual, y mostrarse al mismo tiempo abierto y respetuoso hacia los destellos de sabiduría de todos los demás. En Tíbet solíamos decir: “Conociendo una, las logras todas”. La idea, hoy en boga, de que podemos mantener todas las opciones abiertas y que,

por consiguiente, no hemos de comprometernos con nada en concreto es uno de los mayores y más peligrosos engaños de nuestra cultura, y una de las maneras más eficaces que tiene el ego de sabotear nuestra búsqueda espiritual.

Cuando se continúa buscando siempre, la propia búsqueda se convierte en una obsesión que se adueña de uno. Uno se convierte en un turista espiritual, siempre ajetreado de un lado a otro sin llegar nunca a ninguna parte. Dice Patrul Rinpoche: “Dejas tu elefante en casa y buscas sus huellas en el bosque”. Seguir una enseñanza no es un modo de limitarse o monopolizarse celosamente; es un modo hábil y compasivo de mantenerse centrado y siempre en el camino, a pesar de todos los obstáculos que uno mismo y el mundo presentarán inevitablemente. Así pues, cuando hayas explorado las tradiciones místicas, elige un maestro o una maestra y síguelo. Emprender el viaje espiritual es una cosa, y otra muy distinta encontrar la paciencia y la constancia, la sabiduría, el coraje y la humildad que hacen falta para seguirlo hasta el fin. Puede que tengas el karma para encontrar un maestro, pero tienes que crear el karma para seguir a tu maestro. Muy pocos saben seguir verdaderamente a un maestro, lo cual es un arte en sí mismo. Por lo tanto, no importa lo grande que sea la enseñanza o el maestro, lo esencial es que encuentres en ti mismo la intuición y habilidad de aprender a amar y seguir al maestro y la enseñanza. Eso no es fácil. Las cosas nunca serán perfectas. ¿Cómo podrían serlo? Todavía estamos en el samsara. Aunque hayas elegido un maestro y sigas las enseñanzas con la mayor sinceridad posible, a menudo te encontrarás con dificultades y frustraciones, contradicciones e imperfecciones. No sucumbas a los obstáculos ni a minúsculas dificultades; con frecuencia no son más que las emociones infantiles del ego. No permitas que te impidan ver el valor esencial y perdurable de lo que has elegido. No permitas que la impaciencia

te haga renunciar a tu compromiso con la verdad. Una y otra vez me ha entristecido comprobar que mucha gente adopta con entusiasmo una enseñanza o un maestro y tan pronto surgen los menores e inevitables obstáculos se desalientan, con lo que vuelven a caer en el samsara y en sus viejas costumbres y desperdician años o quizá toda una vida.

Como dijo el Buda en su primera enseñanza, la raíz de todo nuestro sufrimiento en el samsara es la ignorancia. Mientras no nos liberemos de ella, la ignorancia puede parecer interminable, y aun después de emprender el camino espiritual sigue oscureciendo nuestra búsqueda. No obstante, si tienes esto en cuenta y llevas las enseñanzas en el corazón, poco a poco irás cultivando el discernimiento necesario para reconocer las innumerables confusiones de la ignorancia como lo que realmente son, y así nunca pondrás en peligro tu compromiso ni perderás la perspectiva. La vida, como nos dijo el Buda, es breve como un relámpago; pero, como señaló Wordsworth: “El mundo nos absorbe demasiado: obteniendo y gastando, dilapidamos nuestros poderes”. Esta dilapidación de nuestros poderes, esta traición a nuestra esencia, esta renuncia a la milagrosa oportunidad que nos ofrece la vida para conocer y encarnar nuestra naturaleza iluminada, es quizá lo más descorazonador de la vida humana. Lo que en esencia nos dicen los maestros es que dejemos de engañarnos: ¿qué habremos aprendido si en el momento de la muerte no sabemos quiénes somos en realidad?

¿Por qué entonces no practicar el camino de la sabiduría en este mismo instante?

EL LIBRO TIBETANO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE – SOGYAL RIMPOCHÉ, MAESTRO BUDISTA

Alain Duglosz

La semilla viva, legado de los pueblos originarios

Mientras el humano de Occidente se comprende como un ser pensante que piensa al "objeto semilla" para integrarlo a su construcción mental del mundo, el humano andino-amazónico busca, de manera opuesta, integrarse en una relación recíproca afectiva con la "entidad semilla", para generar un lazo entre sujetos, buscando armonizar al ser que piensa y al ser que está, ser que por tan solo estar aquí y ahora, posee intrínseca y causalmente la facultad de ser, sentir, pensar, comunicar, etc.

No es de sorprender que la semilla en Occidente haya terminado por verse tan puntual como un grano del cual obtenemos simplemente otra planta similar. Mientras que la perspectiva andino-amazónica, a través de una lectura más afectiva, entiende la semilla como todo lo que genera vida. La semilla es semilla... pero es semilla también todo aquello que encarna un sentido importante, una wawa, un humano, un animalito, un sentimiento, una idea, una montaña, una laguna, etc. Todos se pueden "criar" de la misma manera. La mayoría de los pueblos originarios americanos eran criadores/agricultores contemplativos para quienes el mensaje que se les revelaba del mundo era, consecuentemente, sencillo: "Todo y todos podemos ser semillas de vida, en buenas condiciones de siembra y crianza".

Podríamos afirmar que nuestra civilización occidental se construye bajo las ideas de la globalización y del liberalismo económico. De una casi irracional búsqueda del crecimiento por el crecimiento, en cuya propia vorágine nos hemos incomprendiblemente insertado, y que nos ha llevado a abandonar lo que siempre fue búsqueda primordial para todos los pueblos de todas las épocas: El meticuloso cuidado de ritualizar sentidos, de transmitir responsabilidades relacionales y sembrar actitudes que garanticen ante todo el futuro del entorno en el que vivimos. ¿Cómo resembrar en nuestra sociedad moderna

aquella responsabilidad primordial que siempre se tuvo, que por alguna razón perdimos en Occidente, y que tanta falta nos hace hoy como civilización planetaria? Lo biocultural¹ plantea la existencia de una inseparable y esencial relación entre lo biológico y lo cultural que le acompaña. Afirmando que toda semilla está ligada a la cultura que la crío y viceversa... un ecosistema. O mejor. Ecosistemas. Comprendidos como conjuntos de sistemas de vida coexistentes en estrecha relación de interdependencia y que a su vez garantizan la subsistencia del sistema integral mismo.

La vida es un inextricable y delicado tejido de infinitas relaciones trenzando, al infinito, diversidad biológica y cultural; y las hebras del tejido revelan ser todas igualmente importantes para la subsistencia del manto entero. "El diálogo entre culturas, es la única salida", insistía siempre en sus charlas el gran maestro Grimaldo Rengifo del Pratec.

El señor de Sipán y la semilla del maní

¿Era un rey, no? Claro. ¿Y por qué era un rey? Porque todo indica que era el "jefe". ¿Tenía corona? No... pero algo parecido, un tocado. ¿Tenía cetro? No. Pero algo parecido, un báculo ceremonial. Su principal joya era un inmenso collar que representa maníes. ¡Unas semillas gigantes! Símbolo del poder de su producción y de la grandeza de su reino. ¿Era un noble! Sí, un rey... Nunca se incluye la mirada del andino, del campesino-criador, que fue también en su tiempo el señor Moche. He aquí la historia dentro de la historia. Cuando se siembra la semilla del maní y esta germina, crece de su núcleo un tallo central que enraíza y ramifica, florece y fructifica en vainas, con semillas que la planta se encargará de sembrar ella misma dentro de la tierra, en una circunferencia a partir del tallo central, generando una supervivencia por proliferación homogénea. Entonces, ¿qué nos asegura que el Señor de Sipán se veía a sí mismo como un rey a la europea? Tal vez se miraba a sí mismo como "alguna responsabilidad

local" que busca actuar como el maní, como un buen padre/madre, que hace crecer fuertes sus ramas para permitir que sus hijos/semillas viajen hacia todas las direcciones, siempre dando oportunidad de agrandar la familia a partir del "corazón" de la planta.

El Caso Conga

En 2012 se agudizan las protestas de las comunidades campesinas afectadas en contra del proyecto minero de explotación de oro y cobre, Conga, de más de 6 millones de dólares de inversión. El problema en cuestión: la contaminación de las importantes reservas acuíferas de la región, de tradición esencialmente agrícola-ganadera. Las negociaciones resultaron todas infructuosas para los intereses de la empresa minera y del Estado. La propuesta del Proyecto es la construcción de diversos reservorios de agua, con mayor capacidad, a cambio de las lagunas y fuentes de agua que serían requeridas, lo que implica además el desplazamiento de algunos poblados. Las comunidades se niegan rotundamente alegando que "no desean perder lo que tienen y son". La respuesta del Estado fue una violenta represión contra los comuneros presentados masivamente como "gente de bajo nivel cultural, agitadora social, manipulada y resentida, que está en contra del progreso de la nación". Nuevamente la pregunta intercultural humildemente resuena: Si para los andinos-amazónicos, las lagunas no son recursos naturales sino más bien son "qochas", entidades vivas que como las semillas son madres protectoras que nos cuidan y nutren. ¿Quién sería capaz de cambiar a su "madre" por otra? O, yendo más allá aún ¿quién esperaría que el otro cambie a la suya, por más que la nueva sea más grande y valga 6 millones de dólares?

¿Habrá finalmente alguna solución a tanta confusión moderna al comunicarnos?

Claro que sí.

Hay que reaprender del gran ecosistema, hay que aprender a (sobre)vivir de la capacidad de

coexistencia consciente, apaciguada y constructiva; a reeducarnos, a retomar las riendas del quiénes somos y del cómo buscamos colectivamente las soluciones importantes, para cuidar la vida. A nosotros, quizás nos toque también retomar el viaje hacia adentro, para reencontrarnos con lo más profundamente relegado en nosotros mismos por nosotros mismos. Osemos abrir otras páginas, en las que legaron sus voces nuestros ancestros, páginas que no llevan mayor palabra que la de la vida misma, y que perennizan su persistente eco de sabiduría en las vivencias de los actuales pueblos originarios. El verdadero tesoro legado por nuestros pueblos originarios no se desenterrará nunca de ningún parque arqueológico. Sabremos que estamos ya preparados cuando permitamos conscientemente que se vuelva a sembrar en nosotros, aunque fuera tan solo una pequeña dosis, de su manera amable de entender la “semilla”, de entender al mundo, de entender la importancia de su cuidado. Se puede salvar de la extinción la diversidad de nuestras semillas y culturas. Y para empezar cada quien debe aportar su granito de arena, recomprendiendo sincera y responsablemente nuestras diversas y propias maneras de entender al mundo, nuestras propias maneras de relacionarnos con él y con lo otro que nos rodea. Solamente reentendiendo y haciendo las paces con nuestro propio ecosistema biocultural y con nuestro sentido profundo de la vida se podrá, quizás, lograr que el tejido se sane y se reconstruya. La naturaleza siempre lo logra. ¿Por qué no nosotros? Formamos parte de ella. Intentemos entonces ser simplemente como ella, como la “buena semilla”. Quizás ya no nos sirva –como en el siglo XVI– construirnos un imaginario colectivo de estereotipados, poderosos y dominantes reyes sino más bien de existencias capaces de relacionarse con el mensaje del Maní: Ser como buenos padres que aseguran que sus hijos crezcan y puedan partir saludablemente hacia todas las direcciones, prolongando siempre el sentido de subsistencia de la familia en el lugar al que lleguen... Pero que no nos asuste el desafío, porque, para ser sinceros, ser semilla no puede ser tan difícil. Pensemos que también tenemos y somos en el alma, por herencia pluricultural, el legado ancestral de pueblos que supieron literalmente mover montañas...

¹ Concepto desarrollado por el profesor chileno de agronomía/agroecología Miguel Altieri de la Universidad de Florida.



La Vida en una cultura natural

Cuando digo que la sociedad humana va por mal camino, a menudo me replican: “Pues entonces muéstrame uno mejor”. Como aún no tiene un nombre, me referiré a ese camino como “comunidad y cultura natural”. La cultura natural es simplemente una opción de vida en la cual la gente disfruta la verdad y la belleza de la naturaleza, una vida en la cual las personas con libertad en su corazón, escalan montañas, juegan en las praderas, disfrutan de los cálidos rayos del sol, respiran aire puro, beben agua cristalina y experimentan la auténtica alegría de la vida. En la sociedad que describo, la gente crea una comunidad libre y generosa.

Sin embargo, una vez que se destruya la fuente primaria de la naturaleza, ya no podrá restaurarse, y este concepto de una cultura natural se volverá obsoleto. De hecho, todos los días se extinguen muchas especies de plantas y animales, y el que desaparezca un pájaro o una planta no solo significa la muerte de ese pájaro o esa planta, sino que nos afecta seriamente a todos nosotros. Está relacionado con la destrucción de la armonía entre todos los seres vivos.

Si la humanidad pudiera recuperar su parentesco original con la naturaleza, deberíamos ser

capaces de vivir en paz y abundancia. Vista con los ojos de la civilización moderna, sin embargo, esta vida de cultura natural debe parecer monótona y primitiva, pero no para mí.

Hay muchas otras personas que –al igual que yo– cuestionan el sendero de la sociedad moderna. Llenas de pesimismo, se preguntan si podemos o no resolver o, de alguna forma, evitar la crisis medioambiental actual. Incluso hay muchos científicos que creen que la sostenibilidad a largo plazo de la vida en la Tierra, desde el punto de vista del entorno natural y sus recursos, se decidirá en los próximos años.

Es a estas personas a quienes les hablo directamente.

Debemos darnos cuenta de que tanto en el pasado como hoy solo existe un rumbo “sostenible” para nosotros: Debemos encontrar nuestro camino de regreso a la naturaleza verdadera. Debemos ponernos a la tarea de revitalizar la tierra. Reverdecer la tierra, sembrar en el desierto: ese es el camino que debe seguir la sociedad. Mis viajes alrededor del mundo me han convencido de eso.

SEMBRANDO EN EL DESIERTO - MASANOBU FUKUOKA, SABIO Y AGRICULTOR

Pedro Diez Canseco

La hora decisiva

*¡Qué quimera es, pues, el hombre!
 ¡Qué novedad, qué monstruo,
 qué caos, qué contradicción,
 qué prodigio! Juez de todas las cosas,
 pobre gusano, depositario de la verdad,
 sumidero de incertidumbre
 y error, gloria y escoria del universo.*

Blaise Pascal

Esta famosa cita de Pascal sirve también de epígrafe a un voluminoso ensayo¹ en el que Steven Pinker, psicólogo experimental y divulgador científico canadiense, intenta demostrar que, contra lo que pudiera pensarse, el último siglo ha sido en realidad bastante menos violento que todos los demás. Y aunque en algunos puntos no deja de tener razón, la impresión final es la de una manipulación algo burda de los datos disponibles. Es verdad que el mayor genocida de la historia conocida no vivió en el siglo XX sino en el XIII: los ejércitos de Gengis Kan causaron la muerte de cuarenta millones de

personas en una época en la que toda la humanidad no sumaba quinientos millones; es verdad que las vacunas y los alimentos mejorados genéticamente han salvado millones de vidas y evitado hambrunas; es cierto que en nuestros días la guerra es repudiada por la mayoría de seres humanos, que ya no ven en esta actividad una ocasión de lucimiento y honor... Pero, ¿qué hay de los verdaderos motivos de las cúpulas del poder tras los discursos benevolentes o demagógicos? ¿Qué pasa con el hacinamiento de las ciudades y la destrucción de los ecosistemas? ¿Qué puede decirse de los miles de millones de pobres del planeta? ¿Quién pone coto al uso de internet como vertedero de frustraciones y actividades ilícitas sin vulnerar la libertad de expresión y los últimos restos de privacidad? ¿Qué hacemos con la corrupción política generalizada, el narcotráfico, las formas nuevas o antiguas de esclavitud que aún se practican, la amenaza terrorista? ¿Cómo se curan los resentimientos nacidos de la exclusión, el sometimiento, las disputas territoriales, la venganza sin fin? ¿Quién nos garantiza que el juego geopolítico y geoeconómico de las grandes potencias

no nos conducirá, tarde o temprano, a la tan temida contienda termonuclear?

El historiador israelí Yuval Noah Harari propone² que el ser humano se caracteriza por inventar ficciones (estados, dinero, empresas, religiones, derechos humanos) y comportarse después como si estas fuesen una realidad objetiva. Dichas ficciones (el término carece de intención peyorativa) son necesarias para aunar y dirigir los esfuerzos de una comunidad de seres gregarios pero inteligentes, que de otra manera se dispersarían según el parecer de cada individuo. A lo largo de la historia las culturas y civilizaciones han preferido unas ficciones sobre otras. Por ejemplo, hasta el siglo XVIII en Europa y Occidente la razón de Estado fue uno de los máximos valores oficiales, mas a partir de entonces el humanismo fue ganando terreno y la experiencia individual se convirtió en el rasero de casi todo. La guerra, por ejemplo, empezó a ser mirada desde el punto de vista del soldado raso, en buena cuenta una víctima más, y ya no desde la perspectiva casi olímpica de reyes o generales. El humanismo trajo aparejados los

derechos universales, pero actualmente puede que haya nuevas fuerzas en juego y esta doctrina (esta ficción) vea pronto su declive, para ser reemplazada, siempre según Harari, por el dataísmo: la reducción de toda la actividad social y cognitiva a los datos computables. Así, la votación democrática podría quedar en manos de las grandes bases de datos, que conocerían mejor que nosotros mismos nuestros hábitos, gustos y opiniones. La idea no es nada nueva: el científico y futurólogo ruso-estadounidense Isaac Asimov la previó en algunos de sus relatos³. Para el dataísmo, una sinfonía de Beethoven valdría más que una canción de los Beatles, un canto tribal africano o el aullido de los lobos porque encierra más información, mas no por la experiencia personal de cada oyente, devenida irrelevante. Por otro lado, la optimización de la producción y la automatización de la economía volverían superfluas a las grandes masas de trabajadores, a diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX, cuando se sembró la semilla del Estado de bienestar, pues entonces los propietarios necesitaban de los trabajadores y aprendieron a cuidarlos relativamente. Cuando eso ya no ocurra, los grandes magnates podrán dejar de preocuparse por la gente sin mayor fortuna. Quién sabe si no estamos viendo los primeros pasos en esa dirección en el discurso liberal (o “neoliberal”) más extremo y fanático, el que reduce todo el fenómeno humano a las dinámicas del mercado.

Pero mientras eso sucede o no, el panorama de las relaciones entre naciones se complica cada vez más y los viejos temores de la Guerra Fría asoman de nuevo. Las naciones no tienen amigos sino aliados. El poder y el dinero son licores enloquecedoramente adictivos para los espíritus subdesarrollados que, ironías de la condición humana, dirigen los destinos de las potencias del Primer Mundo y de buena parte del Tercero. En el sur de Italia la gente ya no acude al poder judicial sino a los capos de la mafia para resolver asuntos cotidianos, como hace siglos, y el capo de capos es un expresidente multimillonario que maneja también los medios de comunicación. En Alemania cientos de miles de inmigrantes y refugiados fueron acogidos sin criba alguna para que unos ricachones, coludidos con el gobierno, ganasen millones invirtiendo en la infraestructura y las ayudas económicas destinadas a esta “labor humanitaria”. En Medio Oriente las razones tradicionales valen más que la vida y el bienestar de la gente, y la ambición de grandes transnacionales del petróleo y el gas originan guerras civiles que no tienen cuándo acabar. En países como el nuestro

el narcotráfico va pudriendo las instituciones y la economía sin que nadie pueda o quiera hacer nada para evitarlo. El llamado cambio climático es también un concepto sujeto a intereses pecuniarios: el alarmismo y las partidas económicas estatales encubren grandes inversiones que no solucionan nada; además, en cuanto a la degradación del medio ambiente, muy poco se está haciendo en general para reemplazar los materiales más contaminantes, optimizar energías limpias (incluso la atómica podría serlo, pero solo tras costosas investigaciones que la prensa y los políticos no avalarían) y desarrollar hábitos de consumo menos nocivos en la gente. El comercio entre países y entidades normalmente distantes como China, Estados Unidos, Rusia, los países islámicos, India y la Comunidad Europea puede llevar a cierto entendimiento, pero los nacionalismos geoeconómicos suelen sabotear cualquier acercamiento y precipitar escaramuzas que, con un poco de mala muñeca, escalarían hasta el conflicto nuclear. Esto último porque, después de décadas de paulatino desarme, las mayores potencias atómicas ya no poseen decenas de miles de ojivas nucleares sino “apenas” unas siete mil cada una, y eso incrementa la tentación de lanzar un ataque sorpresivo que neutralizaría las armas enemigas antes de que pudieran ser usadas. El Reloj del Fin del Mundo se aproxima otra vez a la medianoche...

Un vistazo a la cultura mediática imperante es no menos desalentador. El entretenimiento banal se ha convertido en el máximo valor de nuestras sociedades, y ello porque, como Alexis de Tocqueville⁴ lo previó maravillosamente hace casi dos siglos, es preciso infantilizar a los adultos, anularlos cognitivamente y políticamente para que la cena de los grandes saqueadores prosiga imperturbable. Esta clase de entretenimiento se administra de manera tal que el consumidor necesita estímulos cada vez más violentos y vertiginosos para saciar su sed de novedad, incapaz de concentrarse por cuenta propia, minados sus recursos mentales desde el colegio gracias a las nuevas teorías pedagógicas que, partiendo de premisas a veces válidas, no hacen más que licuar el conocimiento y las habilidades de los más jóvenes. Esto ocurre, con escasas excepciones, en los sectores más opulentos de la sociedad, así que pensemos en lo que sucede en las escuelas más pobres, a las que asisten profesores mal retribuidos y niños desnutridos...

Nunca antes en la historia tuvimos oportunidad más grande de procurar bienestar a prácticamente cada

ser humano, y nunca antes nos hemos hallado tan cerca del abismo de la inconsciencia y la destrucción planetaria. Nuestros sistemas políticos, económicos, jurídicos y educativos son meros cascarones vacíos y malolientes en lugar de ser las herramientas ennoblecedoras con las que soñaron sus fundadores. Es fácil caer en la desesperación: basta con hojear el diario local. Sin embargo, todavía podríamos tener en la mano el hilo de Ariadna, la luz de Eärendil. Hay una sabiduría que aún está a nuestro alcance en los tratados de los filósofos y los escritores, hay bálsamos y advertencias en la obra de los grandes artistas, hay nuevas oportunidades en la ciencia entendida como una manera eficiente de proporcionar a la humanidad, o mejor dicho a cada ser humano (pues la “humanidad” es a veces una abstracción siniestra), un nuevo y amoroso poder sobre la naturaleza. Se trata de ver en cada bebé que nace a un potencial dador de respuestas originales y no a un sobrante demográfico, en cada ser humano a un hermano que se autoperfecciona incesantemente para ayudarnos en el camino de nuestra propia realización, y no a un monstruo del otro lado del río. Se trata de saber que el mundo es un basural, sí, pero también un jardín, y que no podemos elegir entre el barro abajo o las estrellas arriba sino, más bien, vigilar constantemente para no resignarnos al hedor ni ensimismarnos con desdén o egoísmo. Y mientras algunos visionarios con recursos toman la posta de los Estados corruptos y hacen lo posible para que demos el salto definitivo al espacio, donde está nuestro futuro como especie y probablemente, a largo plazo, el futuro de toda la vida sobre la Tierra, nosotros podemos mirar con nuevos ojos a los viejos maestros. La lección es clara: dos maneras antagónicas de definir al ser humano se disputan con más peligro que nunca el mañana. Para una de ellas no somos más que un “vómito” evolutivo al que culpar de todo o al que esclavizar sin escrúpulos; para la otra somos los depositarios del fuego de Prometeo, llamados a realizar prodigios. Ya no sirve la indiferencia: escojamos la exigente vida, no la cómoda muerte. Bastará, tal vez, con que cada uno de nosotros actúe e inspire a alguien más.

¹ Steven Pinker: Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones. (Paidós Ibérica, 2011.)

² Yuval Noah Harari: *Sapiens. De animales a dioses* (Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. 2016) y *Homo Deus. Breve historia del mañana* (Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. 2017).

³ Por ejemplo, “Sufragio universal” (1955) y “Vida y tiempos de Multivac” (1975).

⁴ *De la democracia en América* (1835-40).

José Carlos Orrillo



Pacificum:

una ofrenda audiovisual para el mar peruano

Mamacocho, Madre de las Aguas, origen y destino final de toda vida: el Océano fue siempre un Dios en la cosmogonía de los pueblos prehispánicos, un inmenso ser viviente al que los gentiles respetaban y adoraban junto a los Apus milenarios, a la Tierra y al Sol, desde el inicio del tiempo. Aún en nuestros días, no existe pescador artesanal, como los descendientes mochicas de la costa norte peruana, que no se encomiende al mar y pida permiso antes de empezar la faena pesquera montados sobre sus balsillas de totora. Como lo testimonian las numerosas huacas diseminadas a lo largo del litoral peruano, nuestros ancestros dialogaban con el mar, practicaban ritos específicos para congraciarse con sus fuerzas y nunca tomaban nada suyo sin ofrendarle (u ofrendarse) primero. Hoy, esta relación se ha perdido y desde las cárceles urbanas, cegados por la ilusión antropocéntrica, la mayoría de la gente considera que la Naturaleza es un mero “recurso” que existe para ser explotado de manera inmisericorde. Pero, aunque nosotros, los peruanos del presente, vivamos enajenados de nuestras raíces, aun así, seguimos conectados inexorablemente con el mar; sepámoslo o no, todo lo que a él le hacemos revierte sobre nosotros por las eternas leyes de acción y reacción que rigen

en todos los niveles de interconexión del Universo. *Pacificum. El retorno al Océano*, es el primer documental cinematográfico que se realiza sobre el mar peruano. Hay un valor inherente en esta decisión de apostar por una obra donde el mar (y no el hombre) sea el protagonista, y donde se intenta mostrar, con diferentes capas de significados, la increíble riqueza histórica y biológica del Océano Pacífico. La mayoría de documentales internacionales realizados hasta la fecha sobre el tema marino han asumido posturas que oscilan entre la fría reflexión didáctica y la denuncia ambiental, pero en nuestra opinión carecen de la mirada poética y la mística que en *Pacificum* dialoga perfectamente con el objetivo primordial planteado por sus creadores: el hacer divulgación científica y crear consciencia ambiental con la fuerza embrujadora de las imágenes.

La película, de una gran belleza plástica y visual, es fruto del trabajo colaborativo de un equipo de profesionales peruanos de primer nivel, entre los que se cuentan la fotógrafa Evelyn Merino-Reyna, la directora Mariana Tschudi, la compositora Pauchi Sasaki y el editor trujillano Antolín Prieto, entre muchos otros. *Pacificum* es sin duda una de las películas más importantes estrenadas el 2017 y una obra necesaria de ver, una verdadera joya

del cine documental peruano. En *El Ojo Interior* dialogamos con una de sus artífices, la directora Mariana Tschudi.

Al ver el documental, nos fascinó especialmente la presencia del desierto en muchas de las secuencias filmadas. ¿Fue algo premeditado darle este protagonismo visual al binomio mar-desierto o fue algo que surgió espontáneamente mientras filmaban la película?

No fue espontáneo: el desierto es como una antigua huella digital. Ahí está el registro de lo que fue el mar hace millones de años. El desierto es el fondo marino de la antigüedad. A través de los fósiles y las capas geológicas se puede comprender cómo fueron las especies que ya han desaparecido, y los eslabones que nos conectan a nuestro pasado marino. Más allá de eso, era importante también retratar al desierto para rescatar los estudios de nuestro compatriota, el científico Rodolfo Salas, quien nos hizo comprender la importancia del desierto peruano como el lugar más importante del mundo para estudiar fósiles de cetáceos de los últimos 50 millones de años. Todos en el equipo de filmación estábamos enamorados de los paisajes del desierto.

¿Cómo te has enriquecido (espiritualmente) al hacer esta película? ¿Cuál sería la principal enseñanza que el mar te ha dado, ahora que has terminado el proyecto?

Lo más importante para mí ha sido comprender que el planeta está vivo y es un reflejo de nosotros mismos: tenemos la misma proporción de agua y tierra que el planeta, tenemos el mismo fuego o energía en el interior de nuestros cuerpos y el aire –la respiración– es lo que mantiene la vida en movimiento. La comunicación y respeto que el antiguo poblador peruano tenía con la naturaleza, con las plantas, las montañas o las aguas demostraba el grado de evolución espiritual que tenía, ya que podía entender al planeta como un ser vivo del que formamos parte, al cual había que honrar, agradecer, cuidar como se cuida a la madre que te da la vida. En ese nivel de consciencia se puede comprender que el cuerpo humano funciona como un observatorio muy refinado de lo macro –el cosmos–, y lo micro a nivel celular. La vida y la evolución se dan en ambas escalas y todo, absolutamente todo, está interconectado. Lo que le hagamos al planeta nos lo hacemos a nosotros mismos, y nuestro actuar solo refleja nuestro grado de evolución espiritual.

¿Se realizaron ceremonias u ofrendas al Océano mientras se grababa la película? ¿De ser el caso, era esta una forma de solicitar la venia de los espíritus ancestrales del mar para empezar a trabajar?

El proceso de hacer la película ha sido muy largo y creo que durante su transcurso fuimos aprendiendo a hacer ofrendas y agradecimientos cada vez con más consciencia. Hubo un momento muy especial al cuarto año de ir a grabar las ballenas a la costa norte del Perú. En ese viaje me acompañó Carmelo Cambareri, músico argentino que le ha dedicado muchos años de su vida al conocimiento espiritual y a las plantas sagradas. Habíamos ido por 4 días a filmar con drones y los primeros 3 días no habíamos podido hacer ninguna toma especial. Nos quedaba solo un día más de filmación y Carmelo se quedó toda la noche meditando con una vela prendida, pidiendo permiso a las ballenas para conectarnos con ellas. Al día siguiente lo primero que vimos fue la manada inmensa de delfines que está en la película y yo me sentí feliz porque ya con esa toma había valido la pena el viaje; pero mi sorpresa fue más grande cuando nos dijeron que

vayamos hacia el norte, donde habían encontrado algunas ballenas y cuando llegamos pudimos filmar a una manada de aproximadamente 15 ballenas juntas navegando. Los de “Pacífico Adventures”, que es la empresa de observación de ballenas con la que estábamos trabajando y quienes vienen observando a las ballenas jorobadas desde hace 10 años, nos dijeron impresionados que nunca antes habían visto un grupo tan grande de ballenas juntas. Obviamente a esto se le puede llamar coincidencia, yo solo cuento los hechos.

Qué hermoso lo que nos cuentas... Por favor, compártenos otro momento mágico sucedido durante la creación de la película

Hubo muchos momentos mágicos. Para mí fue muy especial poder bucear y tener momentos intensos de contacto visual con animales marinos. Era como reconocernos y poder saludarnos con respeto. Pero una noche me sucedió algo muy especial. Ya estábamos en la fase de edición de la película y yo había estado viendo por horas las imágenes de las aves y seres marinos que habíamos filmado. Me fui a dormir dándole vueltas al guión, pensando cuál era el mensaje que quería dar con esas imágenes. Tuve un sueño con tres seres de luz que hablaban entre ellos y daban mensajes muy claros de cómo encaminar el guión y la información que debía estar presente. Me tuve que despertar para apuntar todo a las 4 de la mañana y no olvidarme. Esos mensajes fueron piezas claves para el guión.

Indudablemente son experiencias importantes y vinculadas entre sí que demuestran el nivel de conexión espiritual logrado por la película. ¿Qué respuesta han tenido del público al proyectar Pacificum en salas comerciales y/o espacios alternativos en las diferentes ciudades del Perú?

Para nosotros lo más emocionante de *Pacificum* ha sido la respuesta del público. El primer impacto fue cuando estrenamos la película en el Festival de Cine de Lima 2017 y ganamos el Premio del Público compitiendo también con películas de ficción nacional e internacional. Yo realmente no lo podía creer. Eso me dio a entender que el mar se abre camino con más fuerza de lo que imaginamos. Va más allá de nuestra labor. A pesar que *Pacificum* es un documental de corte científico, el espectador se siente identificado con el mar porque reconoce que de ahí venimos, el mar es la gran placenta de la vida y hay algo que resuena con fuerza en todos los que fueron a ver la película e hizo que, la mayoría

de veces, la gente aplaudiera emocionada en las salas de cine.

¿Cómo fue tu relación creativa con la fotógrafa Evelyn Merino-Reyna durante el proceso de concepción y filmación de la película?

La comunicación con Evelyn, productora general de la película, estuvo muy presente durante toda la fase de pre-producción y rodaje, que fue la parte más larga. Yo siempre le decía que éramos como co-directoras porque todas las decisiones las tomábamos en equipo. Pero durante la segunda fase del proyecto, que implicaba escribir el guión y editar, Evelyn ya no estuvo tan presente, y yo me sumergí con Héctor Gálvez, guionista, y el editor Antolín Prieto, para darle forma al documental. Sin embargo en la fase final de pulir la edición y reemplazar algunas tomas que no estaban tan buenas, volvimos a estar muy cerca afinando cada detalle.

¿Cómo expresarías el mensaje urgente de Pacificum para los peruanos de hoy, según tus propias palabras?

El mensaje urgente para mí tiene dos aspectos. Hay uno más grande que tiene que llegar al nivel político y uno personal que tiene que ver con la relación que cada persona debe tener con el mar y con la naturaleza en general. A nivel macro se debe crear urgentemente una reserva marina en la costa norte del Perú que es donde está el 70% de la diversidad marina. Esa reserva va a permitir que las especies marinas se reproduzcan y sigan poblando las aguas. Casi todos los países del mundo que tienen costa, tienen reservas. Es increíble que el Perú, con su enorme biodiversidad marina, no tenga una y que sea más fuerte la presión de las empresas petroleras que están en contra de este proyecto de Ley. Otro mensaje urgente a nivel macro es la necesidad inminente de controlar la sobrepesca de anchoveta, sin la cual se rompería la cadena alimenticia y morirían la mayoría de mamíferos y aves marinas. Pero para poder presionar al gobierno a ser firme con estos cambios se requiere la consciencia individual de todos y cada uno de los peruanos: y ese es el mensaje personal. Todos debemos comprender que el agua es la Madre de la Vida. Debemos cuidarla, agradecerle, recordar esa relación de respeto que tuvo el antiguo poblador y comenzar a defender la vida. Ya no podemos seguir permitiendo que por la ambición de unos pocos hombres con poder se destruya el hogar de todos.

La religión del futuro

Jorge Chávez Peralta

Las religiones aún existen a pesar del materialismo, la ciencia, la tecnología y sus propias debilidades.

Habría dos razones fundamentales: el ingrediente de espiritualidad nos recuerda lo trascendente, lo divino en nosotros; la promesa de una vida eterna, en un hipotético mundo supraterráneo cerca a Dios (el Cielo), opera como un recurso inconsciente para satisfacer nuestra expectativa de perennidad.

Estas motivaciones no justifican una contradicción evidente: las religiones predicán el amor y la paz, pero con demasiada frecuencia han servido para alimentar fanatismos y enconos, guerras y matanzas en nombre de la fe y de Dios; aspiran a mejorar la calidad humana, pero no han podido evitar el deterioro de los valores en una sociedad dominada por la codicia. Si ahora la visión profana se ha impuesto y el mundo naufraga en la banalidad, debemos atribuirle a que los movimientos religiosos han fracasado.

La Nueva Era deberá generar una nueva Religión, en el sentido genuino del término. Ofrecerá, tentativamente, las características siguientes:

Lo absoluto

La palabra Dios ha sido demasiado manoseada y pervertida.

La mayoría la asocia con un ente, un creador antropomorfizado que se complace en premiarnos o castigarnos. Un cambio significativo será identificarlo como la Esencia, el Todo-Nada, el Tao, el Ainsoph, lo Innombrable, Eso. A Jehová o Alá se los considerará formas denominativas para aludir a la Fuente; y a los

líderes de la espiritualidad como Mensajeros de la Verdad adecuada a un tiempo, a un lugar y a una determinada sociedad.

Una búsqueda

Nada más contraproducente con la religiosidad (entendida como sinónimo de espiritualidad) que aceptar una creencia por influjo familiar o social. La Religión –con mayúscula– empieza con un acto de inconformismo y debiera ser siempre el resultado de una elección. Experimentar a Dios no es un regalo barato. No se logra acatando dogmas, asistiendo a un templo, o cumpliendo una moral.

Exige valentía y sacrificios. El “Sendero angosto” siempre ha sido –y será– para una elite. Los Maestros ayudarán como guías, pero cada quien asumirá la empresa de su propia salvación. Recibida la iniciación (la oportunidad de crecimiento interior), el método para lograr la experiencia de la Verdad será la meditación.

La supraconsciencia

El hombre ha sido concebido como un ser autodesarrollante.

El cuerpo físico alcanza su madurez en forma natural; en cambio, el psicológico es una posibilidad que requiere de un trabajo especial.

Conocemos el estado de inconsciencia (sueño) y el de consciencia (vigilia), pero casi nada de la supraconsciencia.¹ Una verdadera religión –dice Osho– empieza con la conquista de ese tercer estado de consciencia que el Budismo llama turiya; el Cristianismo, “despertar”; Gurdjieff, “alerta”; Krishnamurti, “consciencia sin elección”; Vernon

Howard, “supermente”. Sucede a la experiencia del samadhi, satori o éxtasis e implica dos efectos inmediatos: el surgimiento de la no-mente, la mente pura, original (el “rostro sin rostro” del zen); el retorno definitivo a la Fuente: el alma individual (jivatma) se funde con el alma universal (paratma); se produce la unión (yug), la boda alquímica. La etimología de la palabra religión – conviene recordar– significa religar, reunir.

Desapego

Está dicho: ningún rico entrará “al reino de Dios”. Se explica porque la mente condicionada se alimenta de deseos; todo deseo genera insatisfacción; la insatisfacción, sufrimiento; el sufrimiento, el infierno. (Y no hay otro). Al contrario, la mente libre de deseos, pura, inocente como la de un niño, concede la felicidad, la bienaventuranza, el cielo. Aunque parezca exagerado, cualquier deseo –incluido el alcanzar a Dios– bloquea la experiencia de Lo Divino.

Equilibrio

No demandará una renuncia extrema en el plano material. Buscará un equilibrio: que el hombre viva en el mundo, pero no para el mundo; que disfrute de todo, pero sin que su paz interior dependa de la manía de acumular bienes o sufra para satisfacer las demandas del ego.

¹ Vid. Gopi Krishna. *Hacia la superconsciencia*. Editado por Ariel Ltda., Guayaquil, 1975

El Perú ha fracasado: hagamos otro

David Novoa

En mi pueblo, Casa Grande, en la Escuela fiscalizada Miguel Grau, entre juegos, peleas y diferencias sociales que no advertíamos, nació el Perú. Nació, por supuesto, para mi mente infantil y mi corazón inocente, y era perfecto porque brindaba la protección y la guía de una gran familia nacional. Los próceres de la independencia que lucharon junto a abnegadas y sacrificadas mujeres, eran nuestros padres y madres. Heroicos, incorruptibles; inspiraba seguridad pertenecer a esta familia. Y mis hermanos eran todos los peruanos que existieron alguna vez: aquellos campesinos de la sierra y los exóticos selváticos que conocí a través de los libros, además mis compañeros de aula y las multitudes que caminaban por las ciudades y toda la gente que veía a diario: A todos ellos abrazaba mi corazón cuando volvía, acariciado por el sol, caminando de la escuela. Todo estaba bien: el Perú era familia. Las clases de historia y geografía enmarcaron mi visión, pero fue en las experiencias humanas directas donde encarné el sentir con que la señorita Mirna nos transmitió este sueño.

De aquella escuelita provinciana pasé al colegio y luego a la universidad y durante el trayecto fui advirtiendo que el resto de peruanos ignoraban que éramos una familia o quizá lo habían olvidado: en los noticieros siempre se difundían enfrentamientos públicos, la crisis política, social y económica ha sido permanente desde que nací, algunos de los nuestros mendigaban miserablemente en las calles –¿cómo permitir que un familiar, un hermano, alguien que siente como tú, se muera en la miseria y la enfermedad sin que hagamos nada? ¿sin que sintamos nada?-. Aunque los próceres, los científicos, los mártires y los artistas habían creado el ideal de un hogar nacional, en la convivencia real había ocurrido otra cosa; y esta otra realidad era

enajenadamente egoísta y violenta.

Tal vez innecesarios para corroborar, pero mis viajes a la sierra y a la selva confirmaron que, en el plano social, racial, económico, y principalmente, moral, todo lo que había idealizado como el proyecto geopolítico de convivencia humana llamado Perú, había sido la historia de la codicia y la criminalidad. Que, desde la cabeza hasta los pies, costumbres arraigadas y saboteadoras habían recorrido el cuerpo de nuestro país enfermándolo y enfrentándolo contra sí. En Tutumberos, Bagua, donde pernocté por unos días, los negociantes mestizos compraban cada camionada de plátanos a la comunidad nativa al despiadado precio de cinco soles. En Lima, en el Congreso, en la década de los ochenta, los políticos se vendían en manada a las trasnacionales facilitándoles abusos contra su propio país. En mi barrio crecimos usando los nombres de nuestros míticos gobernantes andinos –presuntamente motivos de orgullo histórico– como epítetos para humillarnos: “¡Calla oe, caredehuaynacápac!”. Con este pueblo en pugna contra sí mismo, flagelándose con las ideas que debieron ser sus fortalezas, sembramos la fatalidad que cosechamos hoy.

Encontré también que las reales motivaciones de los próceres que admiré en la escuela habían sido egoístas y ambiciosas. Que muchos de ellos fueron terratenientes que organizaron y equiparon ejércitos con sus riquezas para evitar que se las quitaran los españoles. Y que en el transcurso de casi doscientos años de peleas –donde se intriguaron y atacaron entre ellos–, terminaron siendo reemplazados por los líderes carismáticos, casi estrellas mediáticas, por los cuales votamos actualmente en las elecciones y que perpetran actos delictivos para abrirse paso hasta el poder. No había a dónde ir, comprendí. No había a quién acudir. El sueño del Perú había sido una farsa.

Pero, hubo otro, un Perú distinto, oculto bajo la maraña de acontecimientos, personajes y proyectos

importantes: el que conocí conviviendo con la gente de mi pueblo y en las clases de la señorita Mirna en la escuela fiscalizada Miguel Grau. Ese Perú era una familia, lo eran sus árboles y sus cerros y sus pueblos aledaños y sus leyendas y su cariño vecinal y transparente.

Durante generaciones, millones de niños, antes y después que yo, fuimos a escuelas en todo nuestro territorio, donde abnegados maestros y maestras nos inculcaron el sueño de ese gran hogar patrio, con alma, protector y estimulante. Sin embargo, de manera inevitable estos millones se decepcionaron y pasaron a engrosar las filas de los que hoy en día se han plegado al ejercicio masivo del cinismo, la insensibilidad y la deshonestidad.

Intuyo por ello, a pesar del oscuro panorama, la inminencia de ese real y misterioso Perú que brota desde el fondo de las más secretas y profundas intenciones individuales y colectivas: El parto del país que vislumbró nuestro corazón cuando fuimos niños. Aquel prístino estado de consciencia en que, con el alma hecha un mediodía, caminábamos hermanados con el hombre y el paisaje, protegidos por nuestra alegre solidaridad natural.

Y ahora que nos ha invadido la codiciosa locura criminal y, entrando a nuestros hogares, ha condimentado nuestros alimentos con preservantes cancerígenos y ha embotellado y encarecido el agua y ha regado desde los medios basura psicológica que atemoriza a la gente, llegamos a dos inevitables preguntas: Solo hay que abrir los ojos para ver que la situación es peligrosa y se cierne sobre tus hijos y sobre tus padres y sobre tus amigos, tu hogar, tu barrio, tu ciudad, y te obliga a respondértelas:

¿Cuál es el Perú que quieres?

¿Qué harás al respecto?



La mística cristiana

Pedro Favaron

La experiencia cristiana, cuando es profunda, es siempre vivencia interior. Se trata de sentir vivo a Dios en el propio corazón; e inspirados por su presencia, manifestar este amor haciendo el bien a los demás. No se es Santo en soledad, sino en relación, en comunidad, dándose al prójimo como Cristo se dio por nosotros. La vivencia mística, para ser consecuente con las enseñanzas y preceptos legados por el rabí de Nazaret, no es una mera contemplación de las realidades superiores. Nada es el conocimiento teológico o los arrebatos místicos si no dan frutos de compasión. El Padre compasivo del que nos habló Jesús no es una deidad distante; es el Verbo de vida que ama al ser humano y se involucra con su historia. Dios es misterio que nos habla de cerca y anhela ser vida en nosotros. La mística, en términos cristianos, no puede ser entendida como método ascético ni técnica iniciática para alcanzar el éxtasis de forma autónoma. La experiencia de las realidades divinas no es una suerte de premio al final de un camino heroico. Más bien es Dios quien encuentra al ser humano y Él quien lo alumbró con su amor. La divina misericordia de Dios siempre nos está llamando y buscando. Y el ser humano es libre de responder o rechazar esta convocatoria divina. En términos cristianos, el austero mérito del místico consiste en mantenerse abierto a la compasión de Dios, en permanecer siempre en la espera.

El místico practica el camino de la religión interior; y, a diferencia del acercamiento teórico, la experiencia mística nos otorga un gozo espiritual y corporal, un sentimiento intenso de la presencia y acción de Dios en nuestra vida. Cristo nace en el alma del místico y su luz irradia su cuerpo, su mente y su espíritu. Esta

transformación y gozo unitivo es una gracia que Dios concede al alma. La mística cristiana reconoce que el ser humano tiene una aspiración vertical, un anhelo y una nostalgia de las regiones celestes; sin embargo, el vector decisivo para que se consiga la unión es siempre, en primer lugar, el anhelo de Dios de compartirse con nosotros. Siendo débiles y torpes, no hay obra alguna o mérito que pueda hacernos ganar la luz verdadera.

¿Qué ser humano, por sus propias capacidades, podría manifestar el valor necesario para encontrarse cara a cara con Dios; la santidad unánime que Él demanda de nosotros; el desprendimiento de todos los afanes del mundo que es necesario para estar en unidad con Dios; y esa capacidad de servicio a los demás sin reservas ni reticencias? En el Sermón de Monte, el maestro Jesús no prometió las bienaventuranzas para los grandes teólogos y estudiosos, sino para los pobres de espíritu. Lejos de la fama y del poder, en aquellos lugares interiores y humildes en los que nadie se desea, surge la flor indestructible de la unidad del alma con su generoso e imperecedero origen. Cuando permitimos que el Espíritu entre en nosotros, su luz nos renueva, nos hace mejores personas y más dispuestos a servir a nuestros semejantes. La experiencia mística repercute en una mística de la cotidianidad.

Esta verdad sencilla y profunda puede parecer burda y demasiado rústica ante los intelectos sofisticados, y aún para muchos buscadores de las verdades profundas. La mente gusta de las rutas complicadas. La educación moderna nos ha adoctrinado para que creamos con convicción acorada que podemos alcanzar la verdad por el uso autónomo de la razón. Solemos vivir con nuestras propias ideas y opiniones acerca de la libertad, del éxito, de la seguridad, de la sexualidad, del matrimonio, de la vida en general; y

aunque podemos discutir por horas defendiendo nuestras ideas, estas son incapaces de liberarnos del sufrimiento y darnos un corazón tranquilo. Nuestros deseos egoístas y nuestro rechazo a las enseñanzas verdaderas, nos provocan recio dolor y vacío existencial. Pero si dejamos abierto al menos un resquicio de humildad y oramos a Dios con sincero ánimo de enmienda y fe, su Espíritu puede liberarnos de todo condicionamiento y hacernos renacer. Dios habla a los seres humanos al margen de su inteligencia o de su saber.

Jesús predicó un camino sencillo para que el ser humano retorne a la unidad y sea hijo de Dios; un camino interior que permite que la presencia del Espíritu despierte en nosotros y nos transforme por completo. La consciencia de esta unidad es lo que Pablo de Tarso llamó "la mente de Cristo". Se trata de sabernos hijos de Dios y vinculados a su totalidad de forma indivisible. "La mente de Cristo" goza de la íntima convicción de que nada nos separa, ni puede separarnos, de nuestro Padre celestial. Esta consciencia en Cristo es potestad de los Santos y es necesario que, inspirados por el Espíritu, vivamos en pureza para poder participar de ella. El goce unitivo del Santo es un tesoro inestimable; nada en el mundo se le puede comparar. El Santo se mantiene despojado, en la pobreza de espíritu, para así permitir que la unidad mística acontezca.

No me cabe duda de que el fuego de esta enseñanza animó el cristianismo primitivo; sin embargo, no siempre ha sabido ser bien recibido, ni muchos menos alentado, por las distintas iglesias que se proclaman seguidoras de Jesús. Esto se ha debido, en buena medida, a una artificial y poco afortunada alianza entre algunos grupos cristianos y el poder político. La unión del alma con Dios escapa a los intentos de control

social que despliega la economía religiosa. La experiencia mística se da dentro de un marco de obediencia a la voluntad divina, en la que prima la sumisión del ser humano ante lo que la supera y le dio origen; sin embargo, la obediencia a Dios no siempre coincide con los intentos de control y la voluntad de poder de las élites.

Nada tiene que ver el mensaje libertario y solidario del Rabí de Nazaret, con el fortalecimiento de los imperios, la destrucción de naciones diferentes y la expansión de las fronteras coloniales. Se ha derramado mucha sangre apelando de manera abusiva y satánica al nombre de Cristo para justificar la crueldad; esa sangre clama desde la tierra como clamó la sangre de Abel, el primer asesinato, la primera víctima del ánimo fratricida y envidioso que prima en el corazón humano. Reconocer estos errores con sincero arrepentimiento y procurar enmendarlos, mediante una práctica transformada y dialógica, es una necesidad ineludible del conjunto cristiano, de aquellos llamados a ser uno con Cristo.

Los goces unitivos solo pueden ser expresados desde lo poético; una enseñanza espiritual que carece de poesía es letra sonámbula que legisla y no libera, que encadena y no nos eleva, que pretende fijar lo que es fluido y ascendente. La experiencia unitiva con el Espíritu de Dios es una vivencia poética (la más alta vivencia poética posible), que se ha de expresar e interpretar poéticamente, sin intención de agotar sus sentidos y dejando que las palabras vibren. La poesía mística responde al afecto, al amor indescriptible, a la intimidad más íntima del corazón humano y a la infinita compasión del Espíritu. Solo la poesía puede expresar algo de esa ciencia incomparable que el alma recibe en el encuentro con Dios y que trasciende todo saber teórico.

Es necesario reanimar la mística cristiana despojando a la enseñanza de buena parte de la hojarasca de los escribas y fariseos, de todo el fanatismo cerrado (ya aún racista) de muchos grupos cristianos y de los vínculos de las religiones con el poder terrenal. El sacerdote jesuita Karl Rahner llegó a afirmar que el cristiano del futuro tendrá una experiencia mística de Dios, o no será nada en lo absoluto. Hay que beber del tronco y la raíz de ese Verbo original, para que nuestras palabras y obras broten como uvas dulces y saludables: el vino espiritual que de ellas se fermente, será, sin duda, un elixir de consciencia y un bálsamo capaz de disolver los sufrimientos y las inquietudes de nuestro tiempo.

Jesús y el hombre que deseaba un átomo de amor

Está escrito que una vez en el campo Jesús se encontró con un asceta que había levantado un bello templo para adorar a Dios. Jesús le saludó preguntándole: “¡Oh tú, hombre de Dios!, ¿qué es lo que te ha llevado a construir tan bello templo y vivir en él a solas, retirado de la gente?”.

El hombre contestó: “¡Oh tú, el bendito!, años hace que vivo aquí en soledad ocupándome, día y noche, en adorarLe y ofreciéndole mi devoción y sin embargo tengo un deseo que aún, después de tantos años, no ha sido realizado”.

“¿Cuál es tu deseo?”, preguntó Jesús.

Y el hombre replicó: “Que me honre con un átomo de Su divino amor”.

Al oír esto, antes de partir, Jesús levantó sus manos al cielo y rezó para que Dios hiciese realidad el deseo del asceta. Y Dios así lo hizo.

Al cabo de un tiempo ocurrió que Jesús pasó de nuevo por el mismo lugar, pero no había signo alguno de aquel asceta y de tan bello templo no quedaban sino las ruinas. Jesús se extrañó y rogó a Dios que le revelara este misterio. Y Dios le habló diciéndole que podría encontrar al asceta en la cima de cierta montaña.

Jesús fue en su búsqueda, al llegar allí encontró al hombre semi-muerto, con el rostro pálido y amarillento, ojos hundidos y labios partidos,

como un sediento en el desierto. Jesús le saludó preguntándole qué le pasaba, pero el hombre no era capaz de ni siquiera contestar.

Jesús le miraba confundido cuando Dios le habló: “Jesús, contéplalo, recuerda cómo era antes y cómo es ahora. Le di un solo átomo de Mi amor y él dejó todo, se volvió inconsciente hasta de su propio ser, si le doy otra minúscula parte de Mi amor cada partícula de su ser desaparecerá bajo su peso”.

*No cabe otro ser más que Él
en el amor,
si no, es una simple ilusión
y no el amor.*

*Mientras que compartas Su amor
con otro
el templo de tu infidelidad
permanecerá en la sagrada ciudad
de tu corazón.*

*Cuando en tu corazón
no quede signo alguno
de otro más que Él,
el Bienamado
levantará el velo
para descubrir Su bello rostro.*

Libertad desde dentro

Kingsley L. Dennis

Nuestra visión del mundo predominante todavía prefiere creer en la fantasía de que somos una especie viviente dentro de un universo sin vida, y que podemos seguir con mundana indiferencia como si "aquí no pasara nada". Es el mito de que el mundo sólido, material, está "ahí fuera" y nosotros no somos sino organismos independientes deambulando por su interior. De aquí que situemos todo a cierta distancia, creyendo que hay un *nosotros* y que luego está el mundo exterior.

Este sistema de creencias ha sido el responsable de que la humanidad sienta que tiene el derecho, o incluso el deber, de conquistar y controlar el mundo que la rodea. Pero al hacerlo nos hemos quedado huérfanos no solo de nuestro propio entorno –de nuestro ambiente vital– sino de nuestro propio sentido del ser. Nos hemos alienado y nos hemos convertido en una especie insatisfecha. Hemos creado y cultivado una visión del mundo árida y estéril, cual metal herrumbroso en un páramo. Puede que un mundo de objetos separados haya sido tranquilizador para nosotros, pero a largo plazo no es esperanzador. Basta con que echemos un vistazo al mundo actual para ver que las cosas no están yendo bien.

No hay duda de que estamos viviendo tiempos de complejidad, incertidumbre y cambio. También estamos en una época de contradicciones extremas en la cual se diría que hay tendencias opuestas que van codo con codo; donde los individuos cuidan mucho más sus cuerpos y están obsesionados con la dieta y las modas saludables, mientras la obesidad es una epidemia. Vivimos en medio de una combinación paradójica de jovialidad y miedo, de diversión y ansiedad, de euforia y desazón. He aquí una cita relevante al respecto:

"Apenas pasa una semana sin una sensación mundial. Nuestros periódicos nos ofrecen en un solo número lo que antaño era la historia de todo un mes. Sus páginas nos consternan y nos distraen con informes de nuevas crisis que se suceden rítmicamente;

tensan y cargan nuestros nervios con imágenes de mercados abatidos o humanidad oprimida; angostan nuestra mirada con historias de cambios rápidos. La situación es ya suficientemente dramática y sería fantástica si además no fuese tan calamitosa... La verdadera tragedia de nuestro tiempo reside no tanto en los insólitos eventos exteriores como en la miseria ética y la dolencia espiritual sin precedentes que ostensiblemente revelan".

Esta cita describe adecuadamente nuestra situación actual y sin embargo se publicó en 1952. Su autor –Paul Brunton– continúa diciendo que: "Cuando una civilización materialista se hace exteriormente impresionante pero permanece interiormente empobrecida, cuando las relaciones políticas se convierten en una fachada sobrecargada para ocultar las habitaciones espiritualmente vacías que hay tras ella, es seguro que aparecerán por todas partes problemas amenazantes". Brunton sigue siendo tan descarnadamente correcto en su análisis de la actualidad como lo fue en la de su momento. El resultado es que en efecto están apareciendo "problemas amenazantes" por todos lados: corrupción e ineptitud políticas; manipulaciones económicas; agresiones entre naciones y guerras motivadas políticamente; crisis de refugiados; torturas y sufrimientos humanos; codicia capitalista; corrupción corporativa; disturbios sociales exacerbados; intolerancia religiosa y moral; muestras crecientes de comportamiento psicopático (en personas privadas y figuras de autoridad); propaganda descarada; degradación medioambiental; indigencia espiritual y todo lo demás.

En un periodo de acrecentada inestabilidad –de horror, terror y sufrimiento– no es sorprendente que energías desesperadas circunden el mundo. El resultado es que mucha gente se ha "insensibilizado espiritualmente" por lo que ve que está ocurriendo en el mundo, y siente que solo una dura respuesta física similar puede ser eficaz. Y, aún así, en otros se

ha agudizado la consciencia de una carencia interna y sienten que se necesita alguna satisfacción interior. Las palabras "místico" y "espiritual" siguen siendo vagas y etéreas. La gente siempre ha dependido del lenguaje para que le brinde guía y alimento. Pero en este dominio, las palabras no son sino vestigios óseos de la carne verdadera. La crisis de nuestro tiempo ha sido muy clarificadora para unos cuantos en tanto que ha confundido casi todo para la mayoría. No hay hacia donde volverse públicamente para encontrar la verdad: prácticamente nada en lo que creer en el presente y demasiada incertidumbre respecto al futuro. El resultado de todo ello es que mucha gente tiene dudas que no sabe cómo abordar, y esto se está acumulando dentro de sus mentes como una infección patógena, oscureciendo su visión y su cordura.

Aquellas personas cuyo fundamento metafísico ha sido reemplazado por otro materialista nunca percibirán la verdad inherente de nuestro potencial para el desarrollo interior, espiritual. Pero aunque no tengan en cuenta esta verdad, eso no las elimina de su esfera de operación. Que haya tanta gente preocupada con las circunstancias externas de su vida que descuida, o ni siquiera siente, su anhelo más elevado, es un signo de nuestra época. Hay una gran cantidad de compensaciones para esta carencia a través del "guruismo de remedio rápido", es decir: retiros costosos, el denominado asesoramiento espiritual, y el "coaching" de vida. Pero estos son como curas de comida basura para un hambre más profunda. Hoy día, la lucha real no es la que vemos en los medios de comunicación –enfrentamientos culturales, opiniones voceadas, y oposiciones políticas– sino más bien la que hay entre la perspectiva material y la de la dimensión interior, espiritual de la vida.

Nuestras culturas y sociedades están desequilibradas porque buscan gobernarse mediante leyes artificialmente construidas que ignoran la sabiduría

intemporal de la antigua comprensión. Nuestras sociedades no tienen en cuenta la finalidad humana ni el sentido de nuestra existencia. Nos llevan a vivir para el trabajo, disfrutar con las diversiones, y al final morir con deudas y aranceles. Está claro que el mundo está protegido por los intereses personales del poder. No hay justicia ni equidad en este arreglo desequilibrado. Las conferencias de paz se fundan en el compromiso y no en la compasión. El comercio se basa en la fuerza en lugar de en la colaboración. Y el poder y la fuerza extienden su imperio sobre las olas¹ (desde las ondas de radio hasta las órbitas espaciales). El poder y la política se han separado; en la actualidad el poder se ha desplazado a un espacio extraterritorial que está más allá de las fronteras, las naciones, las leyes, la visibilidad, y la responsabilidad. Los poderes reales que ahora manejan nuestro mundo son invisibles, intangibles y casi desconocidos, además de ser a la vez tan dominantes y peligrosos.

Las denominadas culturas modernas actuales están cada vez más fragmentadas, son como corrientes líquidas que ya no se pueden identificar o por las que no se puede navegar cabalmente mediante los signos, los símbolos y los significados antiguos. En cierta medida, la vida moderna ha comenzado a disolverse a fin de volver a ensamblarse. De manera similar, el poder personal está encontrando su nuevo espacio, dentro de cada persona y a través de sus redes. El individuo también está recomponiendo su propio sentido del poder. Hemos entrado en un periodo de un ensamblaje incierto en el cual las formas sociales se disuelven más deprisa de lo que las nuevas pueden reemplazarlas. Una característica de los tiempos actuales es que las nuevas formas de pensamiento y comportamiento aún no se han materializado por completo en marcos de referencia tangibles de largo plazo. Es decir, todavía no han tenido suficiente tiempo para poder establecer o mantener su forma. No obstante, el presente solo tiene una vida útil breve.

Ahora, nuestras relaciones son más fluidas que nunca, se forman mediante conexiones y redes, y a distancia, en lugar de únicamente mediante nuestras culturas localizadas y nuestras amistades locales. Una de las consecuencias de ello es que actualmente nuestras vidas personales están en peligro de transformarse menos mediante experiencias vividas y más a través de los datos que vamos dejando como sendas detrás de nosotros. Hemos entrado en otra lucha –otra contienda social– en la cual batallamos entre la transparencia de nuestras vidas privadas y públicas.

Manifestamos nuestra vida privada en público: nuestras fotos, nuestras canciones preferidas, los nuevos compromisos románticos, los anuncios matrimoniales, y todo lo demás; y, aun así, el sentido profundo de lo que podemos llamar nuestro

verdadero ser se cubre como si temiésemos lo que los demás puedan ver. Hacemos pública nuestra vida privada gustosamente, pero huimos de exponer, o incluso reconocer, nuestra vida verdadera: *nuestra queda voz interior que nos susurra en la oscuridad (Una voz susurró en la oscuridad diciéndome: "No existe una voz que susurra en la oscuridad")*².

Nuestro gozo de recibir atención, de ser advertido, se contrarresta (o se compra) a expensas de divulgar lo personal. Lucimos lo que consideramos que son nuestros "yos" porque sabemos que ahora disponemos de una plataforma plagada de amigos en la cual representar. Nos sentimos conectados a un cierto nivel, pero ¿podemos mantener este sentido de conexión humana a un nivel más fundamental, esencial? Yo mismo no soy inmune a esta situación. Tengo una red social on-line donde comparto noticias de mi vida y fotos de mis viajes. Aquí el asunto –y esta es la cuestión en todos los aspectos– es encontrar el equilibrio entre compartir y sobreexponerse, entre el gozo genuino y la necesidad de atención. De alguna manera, podemos ver un paralelo con el sentido religioso de confesión.

Hemos vivido durante siglos con el sentido medieval de la confesión; es decir, me refiero al susurro íntimo, confidencial al sacerdote (en lugar de la confesión arrancada mediante tortura). Ahora podemos disfrutar de confesiones públicas que rayan en la auto-publicidad. Desde los blogs y los mensajes en los medios sociales, hasta los videos que despliegan un exhibicionismo antaño mal visto en la mayoría de las culturas. La discreción –el yo secreto– se ve ahora como algo antisocial. "¿Cómo, no quieres decirme tu edad, o con quien saliste ayer por la noche?" Ahora, es más probable que las chicas en edad escolar sean acosadas on-line que en el colegio. Y no son solo los chavales quienes sufren el acoso on-line, o los "trolls" como se les llama actualmente. Desde los famosos hasta la gente cotidiana, todos somos susceptibles del abuso sexual y el tratamiento inhumano cibernéticos que estos tiempos modernos hacen disponible. Al mismo tiempo, deberíamos reconocer que la plataforma on-line –Internet, la red informática mundial– no nos roba nuestra humanidad, la refleja. Este medio no penetra tanto en nuestro interior como muestra lo que está dentro de nosotros.

En pocas palabras, si deseamos ver un futuro mejor necesitamos cambiar lo que está en nuestro interior. Nuestras mentes –nuestro pensamiento y consciencia– deben cambiar, de otro modo las cosas permanecerán igual. Los patrones modernos de pensamiento nos han proporcionado guerra y genocidio a escala global: el Holocausto y la tortura sistemática y el asesinato "racional", desde los campos de concentración hasta la tiránica "limpieza étnica". Nuestras tecnologías se están utilizando actualmente para la clasificación social, la vigilancia,

el condicionamiento cultural, y una amplia gama de prácticas que promueven una esclavitud voluntaria. El lugar real de la libertad solo puede estar en nuestro interior –nuestro ser interno– y es hacia ahí donde debemos volvernos. Como ahora resulta evidente, nuestro mundo exterior está en medio de una serie de crisis profundas. Por decirlo de otra manera, como especie colectiva nos acercamos a una experiencia cercana a la muerte. Y aún así, sabiendo todo esto, yo me mantengo positivo acerca de nuestro futuro humano.

Si lo que hay es un porvenir igual al que tenemos ahora, o peor, en tal caso no es un futuro, es una desagradable continuación duradera de los viejos modos disfuncionales. Y sin embargo toda la historia humana ha consistido en cambio y transición. En todas las épocas ha habido momentos de malestar y perturbación, por supuesto en algunas más que en otras. La nuestra también es un periodo de fluctuación, flujo y flexibilidad. También es tiempo de hacer elecciones cruciales como individuos, familias, comunidades y sociedades: en resumen, como seres humanos. Es una etapa importante de gestión de nuestros estados psicológicos, emocionales y físicos. Podemos sentirnos inseguros acerca del futuro, pero disponemos de tecnologías para transformar radicalmente nuestra era en algo sin precedentes. Tenemos tanto tecnologías externas como eso que yo llamo "tecnologías del alma". Lo que somos, se lo transmitimos a los demás. Si exhibimos impulsos y conductas básicamente "animales", entonces es eso lo que compartimos con los otros y con el mundo que nos rodea. Es hora de ser tanto **sensatos** como **espiritualmente íntegros**.

Recordemos que cualquier sociedad y civilización que no reconoce al humano como un ser espiritual se quedará corta en sus logros. Nuestro objetivo es no quedarnos cortos, por lo menos a largo plazo. Pero el reconocimiento del humano como un ser espiritual no procederá del mundo, ni desde luego en modo alguno de nuestras instituciones socioculturales y políticas. Inicialmente solo provendrá del individuo. Y es desde aquí desde donde se debe nutrir el cambio genuino.

El yo en la vida moderna consiste en reconocer esta elección y actuar en consecuencia. No será fácil, debido a todos los obstáculos socio-políticos y tecnológicos arriba mencionados. Y, aun así, debe ser una fuerza de compromiso interior inquebrantable y de auténtica confianza en uno mismo. Debemos escoger lo que queremos ser, *interiormente*. Debemos elegir nuestra libertad desde dentro.

¹ En el original "rules the waves" que hace referencia a la frase "Rule Britannia, Britannia rule the waves" (Britania, gobierna, extiende tu imperio sobre las olas).

² "Voice in the night", Idries Shah en Wisdom of the Idiots.

Chuang Tse

Un día, un aplicado estudiante del camino le preguntó a su maestro:
 –¿Es posible poseer el Tao?
 –Ni siquiera puedes poseer tu propio cuerpo–, le respondió el maestro. –
 ¿Cómo podrías poseer el Tao?
 –Si yo no poseo mi propio cuerpo–, prosiguió el discípulo–, ¿quién lo hace?
 –Te ha sido prestado por el cielo y la tierra.
 Tampoco posees la vida en sí misma –le explicó el sabio–. No posees tu propia naturaleza ni tu destino. Te han sido prestados por el cielo y la tierra. Tus hijos y los hijos de tus hijos no son de tu propiedad. Son como la piel mudada de los insectos: te han sido prestados por el cielo y la tierra. Así, cuando caminas no percibes hacia dónde vas, y cuando te detienes no sabes dónde estás. Cuando comes no sabes qué es lo que estás tomando. El chi del cielo y de la tierra es mucho más poderoso que el tuyo, pero ni siquiera él puede poseer el Tao.

*

No busques la fama. No hagas planes.
 No dejes que te arrastre el día a día.
 No pienses que lo sabes todo. Sé consciente de todo lo que es y habita en el infinito.
 Pasea allí donde no existe camino.
 Sé todo lo que el cielo te ha dado, pero actúa como si no hubieses recibido nada.
 Estar vacío, eso es todo.

***¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras?
 Me gustaría hablar con él.***

SABIO TAOÍSTA